

El incierto destino de un país musulmán en desarrollo

MIGUEL CARPINTERO

Entre París y la Meca

Mi primera impresión al llegar a El Cairo fue de normalidad, no llegaba a un mundo tan distinto. Ni las mujeres completamente tapadas me parecían algo demasiado particular ahora que también se ven en cualquier capital europea. Las diferencias entre la cultura de que provenía y aquella en la que aterrizaba no le golpean a uno llamativamente a primera vista. Dos meses después, durante una charla

amistosa, un responsable de exportación de una empresa española de visita por El Cairo, me devolvía esa primera impresión mía. “Esto es lo mismo, más pobre sí, pero... es nuestro mundo, ¿sabes? No es como... la India. Aquello es que es otra cosa, otro mundo.”— decía. Era un chico joven que todavía disfruta con los viajes que le impone la posición que ocupa dentro de su empresa. Yo le veía y pensaba en Arthur Miller, “Entré en la selva con 18 años, cuando salí de ella... era

rico.” Entonces, esta persona y yo tomábamos una cerveza en un moderno local de música Jazz, rodeados de jóvenes extranjeros y egipcios que bailaban del mismo modo que se hace en Madrid. ¿Son esos bares, esa gente, y esa forma de vida occidental, islas de tolerancia e individualismo dentro de una cultura local distinta y ajena a ellos o bien son la punta del iceberg, la dirección o meta, de una sociedad en transformación? Egipto se mueve entre al menos dos tradiciones culturales distintas, la islámica y la occidental, y el equilibrio alcanzado actualmente no es estable. Mientras el país se enfrenta a serios retos de desarrollo económico y social, las cuestiones culturales se convierten en un arma arrojada de uso fácil entre grupos de interés rivales.

Egipto sufre las contradicciones y conflictos que afectan a la mayor parte de países árabes. Sin embargo, 5000 años de historia política le confieren una seguridad y cohesión distintas al resto de países árabes, y esto aconseja prestar mayor atención a su ejemplo. El modo en que Egipto se relaciona con el resto de potencias de su entorno, y cómo resuelve sus contradicciones internas, tiene una especial relevancia y transcendencia. Dos ejemplos muy distintos son: el golpe militar de Nasser en 1952 que culminó la descolonización, y los Acuerdos de Camp Davies con Israel. Con el primero, Nasser se granjeó tal admiración entre los países Árabes que Siria incluso se unió voluntariamente a Egipto en la República Árabe Unida (1958-1961), a la que se sumó Yemen del Norte en una federación que duro hasta 1962.

La firma de los Acuerdos de Camp Davies podrá haber sido muy impopular entre los árabes, pero Egipto fue el primero en dar un paso clave e influyente en el conflicto sobre Palestina: reconocer el Estado de Israel.

Egipto es un país abierto al exterior. En primer lugar, porque tiene una conciencia de liderazgo sobre la región, de manera que Egipto se interesa por el mundo. Han sobrevivido al periodo colonial emisiones en inglés y francés en la TV, así como varios periódicos locales en estos idiomas. Con todas las limitaciones económicas que tiene, Egipto concedió asilo político a 17.630 refugiados en 2003. En España se concedió ese estatus a 37 personas en el mismo periodo, según cifras del Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR). En segundo lugar, dado que el Canal de Suez es una vía de comunicaciones mundial y que el patrimonio artístico y natural del país es único y espectacular, el mundo siempre se ha interesado por Egipto. A pesar de lo cual, Egipto recibe unos 4 millones de turistas al año, pocos en comparación con España, que recibe en torno a 49 millones anualmente. La escasez de turistas se debe en parte al miedo a atentados terroristas como el de 1997 en Luxor, y en parte a la falta de una inversión suficiente. Carreteras mal señalizadas hacen muy complicado el turismo al margen de viajes organizados por agencias.

Censurar para tolerar

La influencia occidental es fuerte y muy vigente, lo que propicia esa primera sensación de similitud y cercanía. Existe un imborrable legado colonial en la fisonomía de las ciudades, en las infraestructuras del Estado y en la educación de un importante número de egipcios. Todo aquello, que tenía algo positivo, por lo que salvarse de la quema y el rencor, se ha salvado y está en algún rincón de El Cairo, Alejandría... Además está la influencia occidental que arrastra el modo de vida moderna, en su dinámica de solución a viejos problemas y creación de nuevos problemas. Los automóviles, que todavía no han sustituido completamente a los animales de tiro en El Cairo, crean una nube de polución que rara vez abandona el cielo de la ciudad, y plantea nuevos problemas médicos y medio ambientales, los plásticos y la sociedad de consumo alimenta a más gente pero crea basura que hasta hace sólo unos años el ayuntamiento no se encargaba de remover. La complejidad de la sociedad, de su economía, parecería conducir inevitablemente a que la religión, como en Occidente, se fuese convirtiendo en un aspecto estrictamente personal de la vida de cada individuo con una menor relevancia social. Pero eso no es lo que se ve en Egipto.

En Egipto el cuadro que se ve es confuso y como en toda buena película creada bajo la censura es más lo que sugiere que lo que enseña. El Islam es la religión oficial del Estado. Existen unos aranceles prohibitivos a la importación de alcohol (del 3200% a licores) y esto

parecería ser una opción coherente y legítima de acuerdo con su Constitución. Sin embargo, existe una producción local de bebidas alcohólicas que goza gracias a esos aranceles de un lucrativo monopolio. Parte de esa producción local, la cerveza del grupo Al-Ahram, es de óptima calidad y soportaría bien por la competencia extranjera; otros productos, como el vino o los licores locales, son de menor calidad y la competencia podría forzar su mejora o desaparición. Tengo entendido que las resacas de whisky local son mortales. ¿Por que no dar la opción al consumidor final? ¿Tal vez porque el alcohol de mayor calidad podría ser una tentación demasiado fuerte para los fieles? Otra curiosidad relacionada con el ejemplo del alcohol: en Ramadán los establecimientos con licencia no pueden vender alcohol a ningún egipcio, independientemente de si son cristianos o musulmanes. ¿Es este un ejemplo de que la ley del Estado es un instrumento al servicio de la imposición de los mandamientos musulmanes antes que garante de las libertades del ciudadano? Los extranjeros sí pueden en cambio seguir consumiendo alcohol si lo desean. En los países occidentales toda discriminación entre nacionales y extranjeros suele suponer limitaciones al ejercicio de ciertos derechos o prestaciones por parte de los extranjeros. En Egipto es al revés, la ley da mayor libertad y derechos a un extranjero que a un nacional en su propio país. En Egipto los extranjeros, al menos los occidentales, gozan de una inmunidad diplomática sui generis.

Durante la fiesta en el piso de un español, que se despedía de sus amigos finalizada su estancia en El Cairo, llamó a la puerta la policía. Eran las cuatro de la madrugada y la música se oía perfectamente desde la calle. La policía preguntó por el dueño, y a éste le exigió que todos los egipcios en la fiesta abandonasen el piso. Ni el volumen de la música, ni el consumo de alcohol, o de cualquier otra droga, eran un problema para la policía. Lo importante es que no hubiese egipcios allí. La cultura occidental, por no decir la libertad, es una opción tolerada sólo plenamente entre los extranjeros y los egipcios más poderosos, mientras que el resto de egipcios está sometido a un estricto código de normas sociales. Nadie está seguro de qué base legal existe para exigir algo como aquello, aunque el estado de excepción en el que vive Egipto desde el magnicidio de Sadat en 1981 sólo añade opacidad y arbitrariedad en el respeto de los derechos civiles y políticos.

La situación de la mujer, por ejemplo

Religión, Estado y política se mezclan de tal manera que es difícil saber quién tiene la sartén por el mango. La televisión y los medios de comunicación deben ser un intenso campo de batalla entre grupos seculares y religiosos. Ninguna de las mujeres que presentan los telediarios llevan velo, porque está prohibido por una norma del ministerio de información, a cambio los programas religiosos, bien sea la retransmisión de oficios o un programa de discusión teológica, son tan comunes como los

culebrones, aunque menos populares, porque no he visto a nadie mirar la televisión en un café de Shishas (pipas de agua) cuando ponen lo primero.

El tema del velo y la liberalización de la mujer es bastante complejo para un europeo, y prueba de ello son las dificultades que se tiene en Europa para dar una solución satisfactoria a los problemas que llegan hasta sus tribunales y parlamentos. La mujer en Egipto trabaja con normalidad y ocupa puestos altos en la administración y la empresa. Los padres escogen si sus hijas deben llevar el velo, pero la mezcla entre chicas que lo llevan y chicas que no es tan perfecta que más allá de la adolescencia serán las chicas las que de acuerdo a sus prioridades, amigas, creencias, familia, decidan en relativa libertad, sin miedo a ser apedreadas, si quieren llevar o no el velo. La ley no obliga a la mujer a su uso, y en la calle, que es el terreno más neutral que se me ocurre, el porcentaje se inclina a favor de su uso. Sin embargo, existen distintos ambientes donde el velo puede ser mejor o peor bienvenido. Por ejemplo, en muchos hoteles se sigue una estricta política contraria al uso del velo durante el trabajo, y aquí estas cuestiones no tienen tribunal al que apelar. Al parecer también tienen prohibido el uso del velo en el trabajo las mujeres que ingresan en el cuerpo diplomático egipcio. Esto me lo dijo, en perfecto español a la puerta del Instituto Cervantes de El Cairo, una joven egipcia que había terminado políticas en la Universidad, y que descartaba presentarse a las oposiciones al cuerpo diplomático por

dos razones: una, que suponía unirse a un cuerpo jerárquico dirigido por una autoridad corrupta y no democrática y dos, que la obligarían a quitarse el velo. Creo que muchas mujeres musulmanas llevan el velo porque sencillamente lo dice el Corán y aquí la fe en la palabra de Dios es común. El europeo se resiste a pensar que no exista una razón utilitarista detrás del velo que pueda contestar.

La sociedad egipcia tiene ya recorrido un largo camino de hecho y de derecho en la equiparación de los derechos del hombre y la mujer. Sin embargo hay cuestiones básicas que se están abordando sólo recientemente. El divorcio es algo muy común para los musulmanes y no entra en conflicto con las creencias religiosas, no obstante, sólo hace unos dos años que las egipcias obtuvieron el mismo derecho a divorciarse que disfrutaban los hombres. Más reciente todavía es el decreto presidencial que modifica la ley sobre nacionalidad, otorgando la nacionalidad egipcia a los hijos nacidos de mujer egipcia y padre extranjero. Anteriormente sólo los varones egipcios, independientemente de con quién estuviesen casados, transmitían la nacionalidad egipcia(1).

La cuestión del velo resulta insignificante puesta al lado de la execrable práctica de la ablación, o mutilación genital femenina, prohibida por la ley egipcia, que sigue siendo realizada con frecuencia tanto por musulmanes como por cristianos coptos. En 1995, según cifras de la OMS, hasta a un 97% de las niñas

egipcias eran sometidas a una mutilación genital. La frecuencia de esta práctica puede haber disminuido entorno al 80% y sobre todo a zonas rurales, aunque no hay datos oficiales. Se ha estimado que el número de mujeres mutiladas de esta forma puede llegar a 24 millones en Egipto, cifra sólo superada por Nigeria. En honor a la verdad, a pesar de que la ablación es una práctica preislámica africana, el problema es ciertamente más grave en comunidades musulmanas. La población egipcia es en un 90% musulmana suní. Egipto fue conquistada por los árabes en 639 d.c., y como algunos egipcios dicen: “en España los echasteis en 1492 y aquí todavía siguen”. Quien hace estos comentarios suele ser de la minoría cristiana copta. A pesar de que los coptos se consideran los herederos de la tradición más antigua egipcia, y de la más pura egipciedad, a parte de las diferencias religiosas evidentes los coptos y los musulmanes egipcios no mantienen costumbres demasiado distintas y comparten un parecido carácter nacional. Unos y otros conservan una fe en Dios que no se ve en Europa. La fe y no la religión tal vez sea la diferencia cultural más importante entre Occidente y Oriente.

Las mujeres trabajadoras e independientes que llevan unos coloridos velos de algodón, y no despotrican contra aquellas amigas o desconocidas que eligen no llevar velo, no son tan pocas y puede que sean la prueba de que la sociedad está por encima de las luchas entre grupos de intereses que utilizan la religión para azuzar los miedos a graves cambios: “¡ la perversión y

desigualdades que representa Occidente!" o "¡ El establecimiento de una República Islámica parecida a Arabia Saudí!". Ante unas amenazas de este calibre se entienden las justificaciones de una dictablanda como la del Partido Nacional Democrático (NDP) que por encima de todo ofrece seguridad y estabilidad junto a una peculiar mezcla de contradicciones que forman su equilibrio entre la tradición liberal occidental y la tradición religiosa islámica. Sin embargo, esas contradicciones llevan al país a la disfuncionalidad, sobre todo cuando lo que el país necesita son reformas y mejoras. La falta de democracia y transparencia sobre la sucesión y continuidad del actual régimen entrañan una incertidumbre que desalienta la inversión en el país, con lo que las posibilidades de crecimiento y de estabilidad menguan. En 2002, Egipto recibió 647 millones de dólares como inversión directa extranjera, menos del 6% de la que entró en África(2). Por último, la dictadura por blanda que sea, al haber eliminado cualquier otra forma de criminalidad, se ha convertido en la primera amenaza a la seguridad personal de cualquier ciudadano en Egipto. Es decir, el presente poder establecido y su justificación tiene una caducidad. Es una grave atrofia para el país que el equilibrio entre la tradición islámica y la occidental, y entre las distintas clases sociales sea impuesto de manera autoritaria en lugar de ser una concesión recíproca y en libertad entre los distintos intereses representados legítimamente. Para empezar es difícil saber si el presente equilibrio es admitido por todos y, lo que es

más importante, en caso de que persistan profundas diferencias de opinión, ¿hasta dónde estarán dispuestos a llegar algunos grupos para imponer sus puntos de vista? Por de pronto existen zonas en el medio Egipto donde no se permite a los extranjeros ir sin escolta armada. Esto, junto a la historia de terrorismo en el país y a escala internacional, arroja muchas dudas sobre la estabilidad del país.

Siempre habrá quien diga que Mubarak sólo se mantiene en el poder por la ayuda militar norteamericana y para defender los intereses económicos norteamericanos. El Congreso norteamericano destina a Egipto por su papel moderador en Oriente medio, desde de los Acuerdos de Camp Davies en 1974, la segunda partida más grande de ayuda norteamericana. Desde hace 10 años esa ayuda va paulatinamente reduciéndose y reorientándose, a pesar de lo cual sigue en torno a 2 billones de dólares anuales, siendo algo más de la mitad ayuda militar.(3) Sin embargo, Egipto lleva sobre su peculiar balancín cultural mucho más tiempo que la ayuda norteamericana. Nasser y Sadat jugaron al mismo equilibrio entre el Estado laico y el favor de la religión mayoritaria, así como entre el socialismo y el liberalismo económico. Y el apoyo a Mubarak, con todos los condicionantes que se le puede poner, depende de la pregunta: ¿es sólida la estabilidad egipcia, depende de las restricciones sobre la libertad y la democracia?

Las desigualdades económicas, excusa y justificación

Las últimas elecciones libres en Egipto fueron en 1950, eso quiere decir que los egipcios no están habituados a defender y perseguir sus metas en democracia. Hoy en día, la censura permite a la prensa ciertas licencias, como criticar al gobierno o a algún Ministro caído en desgracia, aunque nunca al jefe de Estado. Existe una administración civil y de justicia profesional, madura e independiente. Los órganos judiciales tienen fama de ser imparciales aunque la ejecución de sus sentencias queda a merced de la voluntad del ejecutivo. A comienzos de 2004, el tribunal superior de casación egipcio falló justificadamente en contra del gobierno declarando ilegal la imposición de las tasas por la recogida de basuras dentro del recibo de la luz. Este sorprendente revés al gobierno demuestra la existencia de una burocracia independiente de la política, lo que es un activo importante en caso de que la democracia avance en el país. Actualmente el Partido Nacional Democrático (NDP) controla la política del país. La corrupción, como tráfico de influencias, que impone el NDP podría acabarse en el momento que los partidos de oposición tuviesen alguna oportunidad real de jugar en la arena política. El problema de los sobornos en niveles inferiores de la administración se debe a los salarios ridículamente bajos que paga el gobierno. Por todo ello, el imperio de la Ley es débil y se mueve dentro de amplios márgenes de imprevisibilidad.

Egipto persigue alcanzar una economía de mercado competitiva desde finales de los setenta con el presidente Sadat. A comienzos del siglo XXI, han logrado un sector privado considerable, cada vez más expuesto a la ley de la oferta y la demanda en libre competencia pero dos problemas lastran su crecimiento: las deficiencias del sector bancario (falta de liquidez para la inversión) y las incertidumbres geopolíticas de la región. La falta de un despegue similar al de la economía española de los sesenta, hace que el sector privado no consiga generar todos los puestos de trabajo necesarios para absorber la creciente fuerza de trabajo. Egipto tiene más de 70 millones de habitantes, 2 de cada 3 tienen menos de 20 años. El aumento del desempleo, entre el 8 y el 24%, ha provocado el descontento con la política de privatizaciones del gobierno y en contra de los extranjeros que las promueven, ralentizándose reformas necesarias como la reforma del sistema bancario o la entrada en vigor del Acuerdo de libre comercio con la Unión Europea. El riesgo a que el Estado en lugar de embarcarse en prácticas de buen gobierno, se mantenga a base de impuestos y tasas sobre las empresas no ayuda a despejar las incertidumbres que mantienen la economía egipcia por debajo de sus posibilidades. Por eso, porque una vuelta al proteccionismo, sólo agravaría y retrasaría aun más el desarrollo del país, la Unión Europea está presionando al presidente Mubarak para que ya en 2004 entre en vigor este acuerdo firmado en junio de 2001. Egipto es un país poblado, y estable, un buen centro

para un mercado norteafricano y de Oriente Medio. Diez marcas extranjeras de automóviles tienen fábricas en Egipto, todas ellas apenas rentables. Mercedes fabrica 500 coches al año en Egipto, la cantidad que puede vender en un día en Alemania. Estos fabricantes, y como ellos muchos otros, tienen un pie puesto en África y Oriente Medio y están a la espera de que la paz y la estabilidad en la región den paso al crecimiento de la actividad económica en la zona.

Quien ha entendido el mundo como lucha de clases, entiende que la violencia es indicio de desigualdades y que las desigualdades económicas son la única fuente de violencia en sociedad. Si aquella desigualdad es injusta, y no elegir la cuna en que se nace ya es considerado una injusticia, entonces la violencia que emane de esta, en cierto modo quedará justificada. Sin discutir que las desigualdades, sobre todo cuando entrañan situaciones de opresión y privación, invitan a la respuesta, incluso violenta, no puede ignorarse que existen suficientes personas en el mundo para quienes hay razones distintas de orden moral y no material que les dan derecho a exigir un comportamiento de los demás. Pensemos en un miembro del Ku Klux Klan convencido de su superioridad racial sobre un hombre negro. Quien exalta la injusticia en estos casos generalmente no está afectado por ellas pero las utiliza como prueba de que tiene razón.

Egipto es un país pobre con importantes desigualdades de distribución. Su renta per cápita es de 4.000 dólares al año, la media en

España es de 21.000 dólares. Según el Banco Mundial (2003), el 17% de la población vive con un dólar o menos al día, mientras que otro 10% de la población tiene un poder adquisitivo y patrones de consumo de clase media y alta occidentales. Sin duda existen algunas diferencias de renta legítimas y muchas otras que no lo son, fruto de un sistema que no responde a las necesidades de su población. Por ello, al pensar en Egipto, es ineludible pensar en la justicia y la injusticia del mundo y de la organización social.

En El Cairo y en Egipto hay pobreza pero no miseria(4). Si el gobierno sigue un modelo occidental de desarrollo y la sociedad civil uno musulmán, es justo que el Islam goce del crédito por aliviar los problemas de hambre y desahucio mediante instituciones como la limosna y el repudio del alcohol. Sin embargo, la naturaleza legalista del Islam anima a grupos exaltados a ambicionar un Estado cuyas leyes sigan estrictamente los preceptos del Corán. A pesar de esto no conoce que hayan desarrollado una doctrina económica alternativa, ni que el capitalismo o socialismo occidentales estén reñidos con una sociedad civil activa, sea de la religión que sea. Existen muchos grupos que parecen desfasados fisiócratas que dedican su tiempo e inteligencia para sugerir a sus conciudadanos la vuelta a las privaciones y penurias de una vida más natural y menos desarrollada.

El aumento de la producción es la única solución posible al aumento de la población. Sin embargo esto, por sí solo, conduce a una mayor presión sobre los recursos naturales y a su degradación. Por eso, la clave y la

virtud de la economía capitalista está en sus incentivos al aumento de la productividad, producir más con los mismos o menores recursos. En el caso del hombre, esto implica recurrir a la inteligencia, a la tecnología. Supongo que de esta forma el desarrollo occidental nos aleja de la simplicidad de las cosas mediatas, físicas, como se quiere describir a veces, “naturales” y nos lleva a situaciones más complejas, artificiales, en que el desgaste en lugar de físico tiende a ser emocional y psicológico, porque la comprensión y la satisfacción que proviene de la comprensión son más difíciles. Trabajar el campo requiere un enorme derroche físico durante largas horas a cambio de un margen de beneficio pequeño, pero uno tiene claro qué está haciendo y a dónde va el sudor que derrama. Muy distinto del trabajo intelectual. ¿Qué utilidad se extrae de leer o escribir este artículo? Es difícil precisar; y sin embargo, tanto leerlo como escribirlo pueden ser el trabajo remunerado de un académico.

Egipto muestra fuertes contrastes entre formas de vida muy primitivas con actividades económicas altamente avanzadas. La agricultura sigue empleando el mayor porcentaje de la población (34%) y, de ésta, entre el 3 y 5% es de subsistencia(5). Los cambios que se producen en Egipto pueden ser aprovechados desigualmente por los egipcios. Esto arroja dudas sobre la justicia y acierto de la dirección del país. Las críticas de grupos religiosos fundamentalistas y la crítica marxista al sistema de libre mercado, coinciden y hacen frente común sobre la importancia de la

igualdad sobre la libertad. La tensión con que se presentan las desigualdades hace que en este país se planteen con verosimilitud enmiendas a la totalidad sobre el sistema de organización y existan grupos que entiendan que el modelo de desarrollo occidental no es el adecuado a las necesidades de los egipcios. Se acusa a la economía de mercado, y a una excesiva influencia occidental, de acabar con un mundo ideal donde los problemas de pobreza, prostitución, corrupción, delincuencia y cualquier otro aspecto negativo del presente eran menores o no existían. También se imputan a la forma de vida occidental muchos problemas que en efecto ha generado sin poner en la balanza las soluciones que ha aportado a otros graves problemas que tiene el país. Los egipcios gozan de libertad religiosa y económica, y su libertad política puede estar a la vuelta de la esquina. Un decrecimiento económico podría amenazar la estabilidad política del país y dar al traste con la libertad religiosa, económica alcanzadas, mientras que en un escenario optimista de prosperidad regional, Egipto cuenta con las bases para avanzar rápidamente hacia una auténtica democracia.

Notas

(1) Ahmad, O. Aspiring citizens have two options: long waits and fees at the Mugamma, or the hope of a new law in the coming year, Cairo Times. Volumen 7, n. 31 9-15 octubre 2003

(2) UNCTAD

(3) Cámara de Comercio Americana en El Cairo: <http://www.amcham.org.eg/BSAC/ustrade/Partnership.asp>

- (4) Comparto la apreciación en Rodembrock, M. (1999) Cairo, The City Victorious. American University in Cairo, p. 266
- (5) Department of State Country Report 2002, Gobierno de los EE.UU.